

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN  
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO  
Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR  
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »
EXTRANJERO...	» año..... 15 »

## UN PRÓDIGO

—Es triste llegar á los umbrales de la vejez, después de una vida de trabajo y privaciones, teniendo por todo presente la pobreza y por todo porvenir el hospital...

—Pues, hijo, tú lo has querido. Nadie te tiene la culpa. Siempre fué la prodigalidad madre de la indigencia. ¡Si no hubieras derrochado locamente una fortuna!

—¿Una fortuna? ¡Pero si nunca tuve un cuarto!

—Yo te puedo probar que has tirado á la calle un capital de un millonaje de pesetas.

—Venga la prueba; tengo curiosidad por saber cómo he podido perder lo que no he poseído jamás.

—Es muy sencillo. Pero, á fin de evitar que mi demostración degenera en una de tantas discusiones ociosas, importa fijar bien los términos. Yo afirmo que quien encontrándose en la calle un duro no se toma la molestia de cogerlo, realiza un acto de tan insensata prodigalidad como aquel que saca un duro del bolsillo y le tira en el arroyo. ¿Partimos de ese principio?

—Partamos.

—Bien, te acuerdas tú de Milagritos, la hija de don Zenón?

—¡Vaya si me acuerdo!

—Un gran partido. La chica era graciosa, traviesa, lista como un rayo. Belleza, Dios la dé. Malas lenguas decían que había en su pasado una de esas manchas que no salen ni con bencina. Tú no le parecías á la niña costal de paja. ¡Lo que te perdiste, majadero! Aquella era tu media naranja.

—Pero yo no amaba á Milagros.

—¡Amor! ¡Gran palabra, evocadora de ensueños! Pero ¿qué tiene que ver el amor con el matrimonio? ¿Quién eras tú, pelagatos, para casarte por amor? ¿Pretendías hacer impunemente en tu insignificancia lo que rara vez osan realizar en medio de todas las grandezas terrenas, las mismas testas coronadas?

—Yo nunca hubiera podido...

—¡Si no tienes que decirme nada! ¡Te conozco hace tantos años! A ti te ha perdido la soberbia. Pero no se trata ahora de lo que fuiste, sino de lo que debiste ser. Si tú te hubieses prestado á oficiar de quitamanchas tengo para mí que D. Zenón se habría dado por muy contento entregándote la niña con un dote de treinta mil duros. ¿Crees que exagero?

—Creo que no.

—Treinta mil duros no son un Potosí, pero puede ser un principio de algo. Para sacar de ellos, negociando, un 10 por 100, no habrías necesitado acudir á la baja usura. Hete, pues, que entras en la vida con tres mil duros de renta. En seguida abres bufete.

—¡Si yo nunca he sabido palabra de la práctica de la profesión!

—Y eso ¿qué importa? Tendrías un pasante, dos pasantes, tres pasantes, cuantos pasantes hubieras menester. ¿No has conocido entre tus propios compañeros de estudios una porción de muchachos listos y muertos de necesidad? Ellos harían el trabajo. A ti te bastaría con firmar los escritos y llevar el agua al molino. ¿Te figuras tú que hacen otra cosa muchos de los abogados de mayor renombre? El que tiene fábrica de tejidos nunca

teje. Tejen por él sus obreros. El cobra, paga, se queda con la diferencia y se enriquece. Lo mismo pasa aquí. Dadas las relaciones de tu familia por afinidad, no juzgo temerario el suponer que al cabo de algunos años, tu bufete pudiera dejarte un beneficio de otros tres mil duros.

—Bien podría ser.

—Y van seis. Además serías diputado.

—¿Yo?

—Es claro. Tú eras por entonces (¿cómo has cambiado, chico!) un mozo guapo, elegante, distinguido, simpático, algo encogido y huraño; ese ha sido siempre tu defecto. Tu suegro habría tratado de utilizar tus buenas cualidades. Un yerno diputado viste. Te habrías hecho conservador ó fusionista; tanto monta...

—Pero yo siempre fui republicano.

—¡Eso más! ¿Conque no sólo pretendiste casarte por amor, sino que te has permitido el lujo de tener ideas? ¡Y luego te quejarás de tu indigencia! ¡Y serás capaz de censurar á los que perdieron su fortuna en la ruleta de Monte Carlo!

—Pero...

—¡Qué pero ni qué camuesol! Te digo que eres conservador ó fusionista y diputado. Pronto conviertes en propio tu distrito de ocasión. Es coser y cantar. Te haces esclavo de los caciques, agente de negocios de los amigos, *corveidille* de los electores, hasta lograr que los otros distritos envidien al tuyo su diputado. Ya sabes el sistema.

—Sí, sí; ya sé.

—Una vez con distrito propio, ancha es Castilla. Vienen los tuyos y te hacen alto funcionario, director, subsecretario, consejero de Estado, ministro. ¿Porqué no? Otros más tontos lo han sido.

—Gracias.

—No las merece. Como aún no ha venido Silvela á dar á la opinión el timo de las cesantías, tú te pones en condiciones legales para cobrar tus treinta mil realitos que, unidos á los seis mil duros de la suma anterior, hacen, si no me engaño, siete mil quinientos. Corren los años, engordas, encanece, tu espalda se encorva, tu barriga se redondea y llega para ti la hora del retiro. Entonces pasas de la baja á la alta Cámara. Senador electivo, primero, vitalicio, después, ex ministro, hombre eminentemente respetable, ¿será demasiado pretender que una Compañía de ferrocarriles te brinde con una plaza de consejero que te valga otros tres mil duros?

—No, no es demasiado.

—Siete mil quinientos, y tres mil, diez mil quinientos. Pongamos diez mil; cuenta redonda. Capitalizados al 5 por 100, diez mil duros representan una suma de un millón de pesetas que, como hombre pródigo, derrochador y gastoso, has tirado por la ventana, puesto que no la has cogido del arroyo. Que es lo que se quería demostrar.

—Bien; pero tú, que has manejado toda tu vida tantos intereses, eres tan disipador como yo, ya que nunca se te ha ocurrido cargar con la caja y echar á correr.

—Si yo hubiera hecho eso que dices, tal vez á estas horas estaría en presidio, mientras que si tú hubieses hecho lo que digo...

—¿Qué?

## DIÁLOGOS DE ACTUALIDAD

—¿Qué es lo que dice ese joven?  
—Que de las Carnestolendas solamente le han gustado las dos sílabas primeras.

—Los que están en el Poder no ayunanán...

—¡Me parece!  
Pero ayunanán por ellos los pobres contribuyentes.

—Hoy es día de vigilia; no se puede comer carne.  
—Pon calamares.

—¡Si este año no es año de calamares!

—Han inventado *confetti* elaborado...

—¿Con vidrio?  
—No, señor; con las escamas de las sardinas.

—Pues, chico, el día menos pensado los fabricarán, de fiyo...

—¿Con qué?  
—Pues... con las escamas de ciertos peces políticos.

VICENTE RUBIO.

—Ahora pertenecerías á la clase de aquellos que llevan á presidio á los demás.

ALFREDO CALDERÓN.

## JOYAS CLÁSICAS

## LA BEATA

Doña Juliana García del Ciruelo (que Dios haya) gozaba en todo su barrio de reputación de santa. Pasaba en la iglesia el día, y es una cosa muy clara que pasándolo en la iglesia no lo pasaba en su casa. Murió su marido, que era un verdadero Juan Lanas, dejando al morir dos hijos, que ojalá no los dejara. A las criaturas sabemos cómo las fámulas tratan, y estaban las dos criaturas á discreción de una fámula. Con el ansia de ir á misa, su madre deña Juliana no les cortaba las uñas, ni les lavaba la cara. Corolario: los dos niños tenían las uñas largas, y su cara estaba sucia cual cara que no se lava. La madre pasaba días, y con frecuencia semanas, en remendar unas medias, sin calentar una plancha; como las Maritornes, ¡cosa ni planchaba; na consecuencia, lector, tú mismo puedes sacarla. Un día que en cierta iglesia doña Juliana rezaba,

vió cruzar ante sus ojos, de una manera mística rápida que la que le consentía su obesidad extremada, á un fraile de tomo y lomo, obediente á la campana que en aquel mismo momento al refectorio llamaba. —Padre, le dijo la viuda, oiga usted una palabra. —Sea usted breve señora, que la campana me llama. —Es no más que una pregun-

ta: ¿Teme usted que se le calga la iglesia encima? ¿Por qué siempre que por ella pasa, pasa usted como el que huye de un sitio que horror le

causa, y á mí el estar en la iglesia es lo que más me entusias-

ma? La razón, contestó el fraile al menos listo se alcanza: huyo de aquí porque aquí estar mi deber me manda, y usted viene porque el suyo le manda estar en su casa...

—No dijo más el buen fraile; volvió al momento la espalda, y como quien ve visiones quedó la viuda beata.

A. RIBOT Y FONTSERÉ

## LA VOTACION DEL PRESUPUESTO

No tienen tiempo nuestros gobernantes para reorganizar los servicios con arreglo á las exigencias del interés público, y lo aplazan para mejor ocasión. Entretanto, la dilapidación de la fortuna pública puede continuar. Lo que no admite mayor aplazamiento es el recargo de los tributos, sobre todo el de los que pesan sobre el pueblo.

Sean blandos los que gravan los títulos y grandezas, y los coches de lujo, y las rentas; el aumento de los consumos se impone con fuerza irresistible. No importa que los mismos diputados de la mayoría pateticen la misera situación de los pueblos que representan, ni que ante la tremenda injusticia se opongan al Gobierno; la agravación del impuesto de consumos se hizo nada menos que cuestión de Gabinete, habiendo tenido el presidente que saltar por encima de todas las prácticas parlamentarias, con tal de convertir la derrota en empate. Otra votación, bajo la amenaza de una crisis, dió al Gobierno una pequeña mayoría.

Poco tiempo después de haberse aumentado el impuesto liberticida, surgió otra cuestión no menos empeñada para regalar á la Compañía Trasatlántica sendos millones, de cuyo regalo se hizo depender no sé cuántas venturas.



# DON QUIJOTE



D. Práxedes.—Póngame usted los pies en condiciones, que estoy esperando el poder de un momento á otro.



Para la Cuaresma.  
Presento á ustedes á uno de nuestros primeros bacalaos.



Chamberlain.—Me parece que se me va deshinchando la cara.  
Krüger.—Al freir será el reir.



Las máscaras de todo el año.



Después de fumar un cigarro de la Tabacalera.  
Y vivan los monopolios y privilegios.



Cómo estará Villaverde cuando se aprueben los presupuestos.



La unión es la fuerza.



Un sol que nace y un sol que muere.



Aún fué más extraordinario lo del timbre dado á la Tabacalera, que lo ansiaba, con un 3 por 100 de comisión. Se le otorgó luego nada menos que el 50 por 100 de lo que pasara y había pasado ya de 45 subido cuando se le otorgó.

Por donación enriqueña tan espléndida, los aumentos del timbre ingresarán en las arcas públicas millones.

Con tales procederes, ¿no merece la pena de ser averiguado si el régimen parlamentario sirve en España para algo que no sea la expoliación de los contribuyentes en beneficio de las grandes empresas?

JERÓNIMO PALMA.

## EL LIBRO DE TEXTO

Debe tener dos clases de papel distintas en la pasta y el color; la firma y contraseña del autor y advertencias y erratas á granel.

Mucho bigote y mucho corondel, ya que son los espacios de rigor; la tinta y la impresión de lo peor, todo sobre barato, menos él.

Si para la enseñanza ha de servir, brille por lo ridículo y vulgar, aunque á la juventud haga reír; y cuando venda el último ejemplar, el sabio profesor podrá decir:

«Esto es lo que quisimos demostrar.»

MANUEL DEL PALACIO.

## LOS MAESTROS

Al hablar de los maestros de escuela no queremos hablar del hambre, aunque parezcan una y la misma cosa.

El hambre de los maestros acabará, que nada es eterno en el mundo, si hemos de creer á las Escrituras.

Por lo pronto ya hay tres provincias en España que no les deben nada.

Los maestros, pues, no tienen motivo para quejarse. Siendo 49 las provincias de España, pueden tener la seguridad de que antes de ocho siglos y medio cobrarán religiosamente sus rumbosas mensualidades, si los ministros no se cansan de dictar reales órdenes para que se les pague, y aún quedan provincias en España que se lo ha llevado todo la trampa.

Con tener, pues, bien plegadito el estómago y desdoblado y ponerlo en funciones en el siglo que le toque cobrar, están ya los maestros al cabo de la calle.

Dificillito parece á primera vista el doblamiento ese del estómago y el conseguir de la muerte el que tenga paciencia algunos siglos, tiempo que se estima necesario para que se ablande la piedra berroqueña del Municipio que le ha de pagar; pero ¿tienen más que acudir al buen marqués de Pidal, en los momentos que no le hacen dormir los reblandecimientos de su cerebro, y solicitar de él el don de la inmortalidad, de que cuentan las historias estuvieron dotados otros que se parecían á los maestros en lo de no tener camisa, Adán y Eva por ejemplo?

Y no se diga que un ministro no puede estas cosas, y más si está con Dios, como es de presumir estará el piadosísimo ministro de Fomento.

¿No es más difícil convertir á un adoquín en diputado y en catedrático á una hueca y oronda calabaza, cosas todas al alcance de ministrillos de tres al cuarto?

Y, caso de no conseguirlo, les queda á los maestros otro recurso: vender los carteles de la escuela, si los tiene, y con el producto líquido malo sería que no pudieran comprar un cordelillo, con el que podrían ahorcarse.

Morir ahorcado ó morir de hambre, todo es morir desesperado.

## A Guillermo el teutón.

Señor poderoso y grande de mil villas y mil pueblos, salud y *marcos* (que son las cosas que yo deseo). Sabed que los habitantes miserables de este reino, que hallándonos, por desgracia, sin honras y sin provechos, malbaratamos los muebles que nuestros padres nos dieron, y dimos de nuestra hacienda el ya despreciable resto, como se hace en las casas en que un sér querido ha muerto, que las cosas más notables se dan por poco dinero; nosotros, que nos creímos no tener ya nada nuestro, con espantable sorpresa descubrimos que aún tenemos un retacillo de islas de lo que fué nuestro imperio: la de Jolá, y otra grande que tiene un nombre muy feo, porque *Cagayan* se llama, y nosotros que tenemos fama de estar *cagayados*, ó *callados* hace tiempo, dígame usted... ¿esas islas ya para qué las queremos? Todo se vende barato, mi querido don Guillermo, y usted que precisa islas puede comprar ese resto, antes que nos dé vergüenza de que se sepa que es nuestro.

No tenga usted inconveniente en cuánto ha de ser el precio, pues tratándose de España, y de venta de terrenos, ya sabe usted que las islas se dan por treinta dineros.

## PREGUNTAS

QUE FORMULA UN CURIOSO COLEGA, Y QUE NOSOTROS REPRODUCIMOS CON LA MEJOR INTENCIÓN

Pregunta 1.<sup>a</sup> ¿Cuál es el origen de la quinta de Lourizán, que posee Montero Ríos? ¿Cuándo la compró y á quién?

Pregunta 2.<sup>a</sup> ¿De qué siglo es, ó con motivo de qué hazaña se fundó el marquesado de Polavieja?

Pregunta 3.<sup>a</sup> ¿Por qué hicieron al Sr. Sancha cardenal y arzobispo de Toledo?

Pregunta 4.<sup>a</sup> ¿Es verdad que tiene Gamazo una fortuna de 46 millones de pesetas? ¿Dónde la ganó y cómo?

## LOS ZAPATITOS

Acaban de sonar las cinco en el reloj. La condesa abre los ojos, se revuelve nerviosamente en la *chaise longue*, y suspira lánguidamente.

—¡Las cinco ya!

Hace dos horas que la señora condesa se halla encerrada en sus habitaciones, meditando sobre su difícil situación, atormentado su pobre cerebro por ideas contrarias, sintiéndose, á medida que se aproxima la hora, cada vez más falta de fuerzas para adoptar una resolución.

Jamás la señora condesa había tenido el valor de reflexionar cinco minutos seguidos sobre una misma cosa. Así es que ahora le dolía la cabeza y sentía muchas ganas de llorar.

Por fin la condesa se decide á ponerse en pie. Las cinco y diez minutos, ¿irá? ¿No irá? ¡Dios mío! ¿Qué hacer? Se detiene indecisa ante el reloj. Las cinco y cuarto. Da unos paseos por la habitación. Se sienta. Vuelve á levantarse. Las cinco y media. La señora condesa se dirige á su tocador.

Diez minutos no más ha durado la *toilette*, y eso que la condesa, por primera vez en su vida, se ha vestido sin ayuda de la doncella.

Nada de lujos: un sencillo traje negro, un sombrero, negro también, y un velillo tupido, muy tupido, cubriéndole todo el rostro. Parece una viuda... en estado de merecer.

Se mira al espejo: ¡Oh, á pesar de la humildad del traje, se ve desde luego que quien lo lleva es una mujer elegante y distinguida. Y el velillo la sienta muy bien á la cara. La condesa sonríe, satisfecha de sí misma.

Llama á la doncella. —«Voy á una Junta de Damas de la Caridad. No necesito el coche. Regresaré pronto.»

Ya está en la calle. Todavía duda, todavía su pobre espíritu vacila, todavía no sabe qué hacer...

El contacto con la multitud le aturde. De buena gana caminaría por en medio del arroyo, donde nadie la tropezara. Algunos transeúntes la miran y se sonríen. Otros la dirigen galanterías de mal gusto. La condesa comienza á sentir miedo, y piensa que acaso sería lo mejor volver á su casa. Pero acaba de pasar un coche con el «águila» levantado. La Providencia la protege. No sabe qué dirección dar al cochero. Por fin se decide. «Ayala, 17.» Y se arroja en el asiento avergonzada, creyendo que el pobre automedonte ha descubierto todo el horror de su abominable secreto. ¡Ayala, 17! ¡Ya no es ella la única que conoce esas señas!

Hace diez minutos que el coche camina á buen paso con dirección al barrio de Salamanca.

Es casi de noche. Los faroles del alumbrado público están encendidos. La condesa, tranquila ya, dueña de sí misma, hace un proceso mental de su situación, y erigida en fiscal de su causa, formula las siguientes conclusiones:

—Alberto no me quiere; no me ha querido nunca. Yo soy una de tantas mujeres casadas y sin marido. Esa unión de toda la vida de que nos habla la Iglesia, ha sido para mí una unión de quince días y cuarenta noches. Hace dos años que soy al mismo tiempo casada y soltera. Y yo no puedo continuar así más tiempo; por mi propio decoro, por mi propia dignidad... Alberto es mi marido sólo en el nombre. Apenas si alguna que otra noche lo veo á las horas de comer. Apenas si hace años me dirige la palabra. ¿Y qué he hecho yo, ¡Dios mío! para que me trate así, con tal desprecio? Pues quererle mucho, mucho, con toda el alma y todo el cuerpo, como se quiere... cuando se quiere. Pero comienzo á sentirme mala, comienzo á cansarme de esperar la vuelta de mi marido... que no vuelve, y creo que tengo derecho á protestar de que el amor no haya tenido para mí más duración que quince días y cuarenta noches. ¡Y hay quien me ofrece un amor eterno, hay

quien me ofrece amarme hoy, y mañana, y siempre! ¡Pero yo no quiero al que me hace tales ofrecimientos; yo no quiero más que á mi Alberto! Y, sin embargo, aburrida, desilusionada, voy á echarme en brazos de ese hombre, sólo porque me ha prometido amarme toda la vida.

No puede haber una sola mujer, por virtuosa que sea, que no exculpe mi conducta. Ano á mi marido; pero mi marido no me ama á mí. Tengo veinticinco años. ¡A ver quién se atreve á tirarme la primera piedra!

La condesa hace un alto en sus reflexiones, suspira fuertemente, siente ganas de llorar, le parece que el velillo le oprime demasiado la cara, y piensa por un momento en dar orden al cochero de que la vuelva á su casa.

Pero no; ya sería cobarde retroceder. Su marido hacía dos semanas justas que había emigrado del hogar pretextando un compromiso cualquiera, una partida de caza. Pues bueno, de ahora en adelante, ella tendría también sus compromisos: las Juntas de las Damas de la Caridad. A una traición, otra traición. ¡Ah, la venganza es tan sabrosa!

De pronto, el coche se detiene. La condesa, asustada, no se atreve á bajar del vehículo, y, maquinalmente, reza un padre nuestro.

—¡Ay, mi madre!

El automedonte desciende del pescante y abre la portezuela. La condesa, entonces, inconscientemente, se dirige á la casa de su amante. La portera sale á recibirla. —«Buenas noches, señora.» Pero ella no contesta al saludo. No puede hablar; siente como si un nudo la apretara la garganta, y algo así como si el corazón quisiera salirse del pecho. Se detiene en la escalera. Imposible dar un paso más. Le zumban los oídos, no piensa, no ve... De abajo viene una voz que la grita—la portera, sin duda: —«¿Quiere usted que la acompañe?» Ella no responde y sigue su penosa ascensión, agarrada fuertemente á la barandilla, tropezando en todos los escalones, loca de terror.

Ya no le faltan más que subir unos cuantos peldaños para llegar á la habitación donde la espera el hombre que ha prometido amarla toda la vida.

Pero de pronto la condesa siente que los pies se le enredan en el vestido, y quiere seguir subiendo, y tropieza y cae. La portera acude en su auxilio. —«¡Sí, ya decía yo que esa señora no debía estar buena!» La condesa no grita, no se queja. —«Déjeme usted... No es nada... Un pie que se me ha torcido... Que me lleven de aquí...»

Hay necesidad, con la ayuda de varios vecinos, de transportarla hasta la calle y esperar el paso de un coche que la conduzca á su domicilio.

La condesa vuelve en sí, y al ver á su marido, que la contempla intranquilo, inclinado sobre la cama, se echa á llorar desconsoladamente.

—¡Me voy á morir! ¡Me voy á morir! ¡Estoy muy mala!

Alberto procura tranquilizarla.

—Vámonos, cálmate... El médico dice que no tienes nada... Un simple ataque de nervios... Bebe un poco de azahar y verás cómo te sosiegas...

—No... Estoy muy mala, me duele todo el cuerpo... ¡Ay, mi cabeza!... Y aquí, aquí, en el pie, unos dolores atroces... ¡Me voy á morir!

—¿Dónde? ¿En este piecicillo? Déjame que te lo bese y verás cómo se pone bueno.

—¡Ay! ¡No me toques! ¡Sufro mucho! Debe de haberseme roto algún hueso... ¡No puedo resistir más! ¡Ay! ¡Ay!

—¡Pero tranquilízate!... A ver si yo puedo curarte... Conque, quedamos en que éste es el piecicillo malo... Pues ya verás cómo yo lo curo con mis besos.

La condesa se siente muy mejorada con las caricias de su marido, y piensa que no hay mejor médico que el amor.

—¿Estás aliviada?

—Sí; pero no te preocupes de mí. Ya debe ser hora de que te vayas al casino... Anda con tus amigos á concertar otra partida de caza mientras tu pobre mujercita se muere...

Pero Alberto, muy conmovido, sigue besándola el pie.

—No; yo no me separaré de ti hasta que estés buena.

La condesa suspira.

—Pues entonces seguiré enferma toda la vida.

¡La reconciliación estaba hecha!

Y he aquí por qué la condesa del Lirio había regalado á la Virgen de la Almudena, que se adora en Santa María, sin que el buen cura hubiese podido explicarse la razón de tan extraño obsequio, unos zapatitos de raso negro, con tacón Luis XV, bordados de brillantes. ¡Los zapatitos que habían hecho caer á la condesa en las escaleras de la casa de su amante!

MIGUEL SAWA.

Imprenta de Antonio Marzo, Calle de las Pozas, 12.